

ciudades, desde el Ródano hasta el Garona, llorando al par los errores de los caudillos y el extravío de las muchedumbres, ofreciendo en desagravio al cielo sus ayunos y sus penitencias. Y tan intenso fué el dolor de aquel corazón sensible ante los infortunios de la hermosa Provenza; tan incesantes sus trabajos para hacer triunfar la verdad sobre el error, y la misericordia sobre la ira y el aborrecimiento; tan encendidas sus oraciones y sus súplicas á la Virgen María, que la Clementísima Emperatriz de los cielos descende entre nubes para consolarle y para fortalecerle. Y la dulce Soberana le ha esclarecido con sobrenaturales secretos; le ha hecho patentes los más augustos misterios de su bienhechora existencia: y uniendo todos esos recuerdos sobrehumanos con los eslabones de la fe y con los anhelos de la caridad de Cristo, María ha dicho de este modo á su siervo: «Ve, y predica este Rosario entre la multitud de los fieles.» Y de esta devoción preciosa, no sólo habrá de salir el reposo de las sociedades y una civilización floreciente, sino que ella daba desde luego al mundo la grandeza, el heroísmo y la piedad de aquellos grandes Santos y aquellos excelsos Reyes del décimotercio siglo, de memoria bendita y perdurable. A las oraciones del Rosario, Señor Excmo., debió Blanca de Castilla, y debió Francia con toda la humanidad cristiana, la aparición de San Luis en medio de nuestras sociedades.

¿Y qué cosa es el Rosario? ¿Cómo acertaríamos á describirlo nosotros, con todos sus encantos, con todo su irresistible influjo? El Rosario, en sus más remotos orígenes, puede muy bien decirse que es la alegría, es la vehemencia, es el fuego de los corazones religiosos, recogidos en el simbolismo de las flores, en las maravillosas hermosuras de la naturaleza creada. No hubo jamás pueblo alguno, en todos los ámbitos de la tierra, que no llevara gozoso las flores y los perfumes á fin de honrar á sus ídolos en las naves de los templos paganos, ó para exaltar á sus héroes en las plazas ó en los Capitolios: en la Religión divina del Evangelio de Cristo, las flores y los aromas serían también vistoso adorno y homenaje grato á los cielos; pero habían de ir necesariamente acompañados de la oración y la plegaria, del culto interior del alma á su Hacedor Supremo y Unico. Con esta significación altísima, los altares de las Catacumbas, los tabernáculos de las iglesias cristianas, los sepulcros de los mártires, la portada de la escondida ermita, la cruz que se alzaba en el bosque, los retablos, sobre todo, de las iglesias dedicadas á la Virgen María, viéronse siempre pródigamente cubiertos de rosas y de lirios, ceñidos de artísticas diademas, en las que se entrelazaban la encina y el romero, el laurel y la siempreviva silvestre: eran estas coronas un legado piadoso que el Oriente, siempre espléndido, hacía á las naciones cristianas de Occidente, y en cuyo suave y pin-

toresco tributo complaciéronse de continuo todas las almas grandes y todos los corazones humildes.

Y un día feliz del siglo IV de la Iglesia, allá en las regiones famosas del Asia Menor, un Obispo abrasado en el amor de la Virgen María, cantor y defensor de su pureza y de sus glorias, iluminado por la Madre de la Divina Gracia y asistido de su protección y sus favores, Gregorio Nazianceno, quiso ofrecer á María aquellas flores de los verjeles entre las flores, mil veces más olorosas, del espíritu; acompañar el sencillo obsequio de la naturaleza con la ofrenda del corazón y del alma, cuyas exquisitas fragancias son incienso que sube hasta los alcázares eternos. Y este dulce pensamiento que había nacido no lejos de las orillas del Éufrates, revistió aún más interesantes formas en un país memorable, donde la fe sería constantemente sellada con sangre de innumerables confesores de la fe católica. Fué Brígida de Suecia, aquella mujer favorecida que supo hacer de dos príncipes dos monjes, que iluminó todo el Norte de Europa con sus virtudes, que fué consejera de Pontífices y Emperadores, que besó en Jerusalén la sepultura del Salvador del mundo, y se prosternó en Roma ante el Vicario de Cristo, la que con el prestigio de sus revelaciones y las enseñanzas de su ejemplo estudió las prácticas saludables y bienhechoras del insigne obispo de la antigua Nazianzo. Desde entonces no solamente se elevaban al cielo los corazones cristianos, sino

que la oración se repetía y se cantaba, deslizándose entre la mano, como perlas celestiales, y con más profundo sentido, los granos horadados y unidos con que se ordenaban las alabanzas de la Madre de Dios, y de los cuales fueron adecuado emblema aquellas cuentas aisladas de piedra, de roble ó de cedro con que los anacoretas de la Tebaida conocían el número de sus actos de adoración al Señor, de sus súplicas y de sus cánticos. Y cuando sonaron las horas providenciales para la ejecución de los designios divinos, y la Virgen María se dignó descubrir á Domingo de Guzmán toda la misericordia de sus fines, y los resortes decisivos para contener los horrorosos excesos, las audacias sacrílegas de los herejes de Albi, ofrécese más esplendorosamente al mundo toda la majestad, toda la dulzura, toda la fecundidad de aquella rica corona con que las almas predilectas de Dios ceñían la frente de la Virgen María, á fin de que los hombres y los pueblos, guiados por la luz de tan amorosa Madre, entraran en los caminos seguros de la verdad que ilumina y de la virtud que salva.

Vosotros, mis amados hermanos, herederos de muchas generaciones escogidas, educados en hogares donde arde la antorcha de la fe católica, mecidos y besados por madres piadosísimas; vosotros conocéis cumplidamente todos y cada uno de los misterios venerandos que se contienen en esa fresca rosa de los jardines del alma. La esen-

cia de nuestros Símbolos; las peticiones de nuestra Oración más sublime; la escena de la Salutación Angélica, donde la grandeza se abraza con la humildad; las palabras dirigidas á la Madre de Dios por la Iglesia docente, en uno de los más memorables Concilios; todo cuanto hay de grandioso y de tierno en los dogmas de nuestra Religión, está encerrado en esa devoción, la más viva, la más grata, la más usada y querida del corazón cristiano, después de los Misterios de Dios, y de la infinita Caridad de Cristo. Todos los secretos de los júbilos santos, todos los aspectos del dolor libremente aceptado, todos los aromas de recompensas futuras, son traídos á la memoria fiel de los hijos de la verdadera Iglesia en esa dulce y mística corona; porque en su bello conjunto fulguran aquellos motivos de gozo de la Virgen de Judá, que constituyen como el prólogo ó el atrio del Testamento Nuevo; contéplase después aquel amargo cáliz que el Salvador Divino y su angustiada Madre beben y apuran desde Gethsemaní hasta el Gólgota; brillan, al fin, aquellas consolaciones inefables de la victoria eterna de Jesús sobre la muerte, de la radiante mañana de su Ascensión á los cielos, y de la Venida del Paráclito, con el premio extraordinario y único otorgado á la Virgen María en su Asunción triunfante y en su Coronación gloriosa dentro de las moradas empíreas.

Y según va recitando nuestro labio la inspira-

da letra de tan profundos homenajes, de tan altos elogios y tan vehementes ruegos, el espíritu se sumerge más y más en esos piélagos de la Divinidad y del amor purísimo; y no se cansa nunca de repetir las palabras y de meditar su sentido, como no se cansan los bienaventurados de contemplar á Dios, como no se cansan los Coros de los Angeles de entonar sus melodías en honor del Santo de los Santos.

No, hermanos míos: invocar á nuestro Padre Clementísimo que está en los cielos; confiar en su Providencia y santificar su Nombre; aspirar al reino de su gloria y perdonar y amar á nuestros enemigos; saludar después á María llena de gracia, y en cuya dignidad y cuyos méritos se regocijan los ángeles y los justos; recrearse en las prerrogativas de su maternidad divina, y en los incessantes beneficios de su maternidad para con los hombres; difundir por todas partes, con los acentos de nuestra Santa Madre la Iglesia, las antifonas, los himnos, los más rendidos elogios á la Virgen María, desde que la luz de la razón reverbera en nuestra frente, bañada un día por las aguas bautismales, hasta que miramos entreabiertas, al exhalar el último suspiro, las puertas de la eternal Jerusalén, eso, Excmo. Señor, no cansa nunca, eso no sacia nunca: eso es, por el contrario, la atracción siempre agradable del faro resplandeciente en los cabos peligrosos de la vida, de la atalaya que nos señala el camino en la

nevada sierra; eso es descanso del alma y es aspiración continua de nuestro ser á la inmortalidad de la gloria.

Pero no es esto todo. Para esparcir como óleo santo esas enseñanzas provechosas, esos afanes de perdurable dicha entre las sociedades cristianas, Domingo de Guzmán no se ha contentado en modo alguno con prodigar su voz, su caridad, sus preces y sus vigiliias, sino que ha querido juntar las luces y los desvelos de muchas inteligencias y muchos corazones que le ayudaran en su colosal empresa, constituyendo de esta suerte, con Francisco de Asís, aquellas dos columnas que vió en sueños el gran Inocencio III, destinadas á sostener el edificio católico en los embates del error, y en la tiranía y la perfidia de algunos Emperadores y Príncipes, insaciables de poder y de oro. Nosotros no podemos detenernos hoy demasiado en ensalzar los timbres de la Religión Dominicana, campos siempre fecundos y esferas siempre abiertas al recreo y á la admiración del espíritu; pero debo, al menos, decir que, antes de los dos lustros de su existencia, esa Orden celeberrima habia producido á Alberto Magno, el Maestro universal, asombro de París y Colonia; á Tomás de Aquino, su discípulo, el amigo personal de San Buenaventura, y al cual yo me imagino como el alma gemela de San Agustín, por la inmensidad de su talento y por la santidad del alma, aunque esmaltada de más suave candor y más plácida

hermosura; á Vicente de Beauvais, que concibió y ofreció al mundo aquel *Speculum majus*, compendio portentoso de todas las ciencias entonces conocidas. Y, siguiendo el rápido examen de los siglos, encontraremos á Taulero y á Lodulfo de Sajonia, almas enamoradas de la idea de una unión eterna con Cristo; á Vicente Ferrer, en cuyo derredor, como dos centurias antes en torno de Antonio de Padua, se congregaban auditorios de veinte y de treinta mil almas, derretidas por la contrición con aquella palabra de fuego; á Raimundo de Capua y á Conrado de Grossis, que arrieron en santo celo por la pureza de su Instituto; á aquel Antonino de Florencia, cuyo cuerpo iba ceñido por muy duro cilicio, mas cuya alma estaba siempre pronta á todas las dilataciones de la caridad y á todas las reparaciones de la justicia; á aquel Juan Tetzel, atleta del Catolicismo en Alemania, que logró confundir á Lutero en públicas controversias, y que por su moderación y sus virtudes fué honrado y respetado de los mismos heresiarcas; á Tomás de Vio, Cardenal Cayetano, humanista, teólogo, escriturario, dialéctico, cuya sutileza de ingenio cautivaba al ilustre Bossuet; á aquella pléyade de gigantes del saber y de la elocuencia, honra del siglo XVI, lumbreras del Sínodo Tridentino, Maestros de las grandes Universidades, que se llamaron Francisco de Victoria, Pedro y Domingo Soto, y Melchor Cano, hombres extraordinarios que habían de tener su-

cesores dignísimos en los subsiguientes tiempos, desde Fray Luis de Granada hasta Natal Alejandro, y desde Renato Billuart hasta Enrique Domingo Lacordaire, el más elocuente orador sagrado del siglo XIX. Y finalmente, Señores, por todo el campo de esta admirable historia, ora distinguiremos Pontífices esclarecidos en la Silla de la eterna Roma, ora Cardenales egregios que supieron justificar la etimología de su nombre y el color de su púrpura; ora Obispos que tomaban sus modelos en los más vigilantes Pastores de los siglos IV y V de la Iglesia; ó bien aquellos misioneros del Nuevo Mundo, que clamaban en la Isla Española, repitiendo los postreros ruegos de Isabel I, por la piedad y la dulzura para con los indios; ó aquellos numerosos mártires que, con las demás Ordenes Religiosas, sonriendo como los confesores de los Circos Romanos, sellaron su existencia y su fe en todos los Continentes; ó ya, por último, aquellas austeras Religiosas que nacen del Instituto de Domingo de Guzmán, como salió Clara de Asís de la Religión Seráfica, y que desde las primeras moradoras de la Prouille (1), hasta Catalina de Sena, desde Margarita de Kentzingen hasta Ana de Puy, lo mismo acertaron á brillar por sus angelicales virtudes, que sobresalieron y pasmaron por su instrucción y por sus escritos.

(1) Monasterio de Religiosas fundado en 1206 por Santo Domingo, á corta distancia de la ciudad de Carcasona.

Pero entre todos estos envidiables blasones, entre todas estas fulgentes aureolas, ¿cuál, decidme, será el fin más anhelado, la aspiración más alta, el sueño más querido de los hijos é imitadores del Fundador excelso? ¡Ah, hermanos míos! Es difundir sin tregua las excelencias y las alabanzas de la Virgen María: es conquistar entendimientos y corazones para su culto y su amor; es atraer á los pueblos bajo su manto y su escudo, con la devoción santa del Rosario, y con la meditación de los misterios que él recuerda y consagra. Y con esa práctica saludable y bendita, con esas salutations de la caridad y la paz, formóse aquella sociedad cristiana del décimotercio siglo, en cuyas raras bellezas se complacieron y extasiaron tantos espíritus privilegiados. Con el rocío celeste de esas palabras misteriosas apaciguaba el Papa Dominicano Benedicto XI las facciones de Italia en el siglo XIV; y Urbano V reavivaba las amortiguadas creencias católicas en el pecho de Juan Paleólogo; y Gregorio XI restituía á Roma la Cátedra de San Pedro; y la Cristiandad atribulada consolábase de las discordias del gran Cisma. Con ese talismán poderoso devolvía el Concilio de Constanza la tranquilidad á la Iglesia, y Nicolás V y Paulo II ayudaban á reducir los adeptos de Juan Huss, Albigenses del siglo XV; y los Reyes Católicos plantaron para siempre los estandartes de la Cruz sobre los alminares granadinos. Y con esa arma sagrada, con esa

preciosa enseña, los Príncipes cristianos iban asimismo á triunfar sobre los sectarios fanáticos, sobre los ensoberbecidos ejércitos de la Media Luna. Permitidme, Excmo. Señor, que yo quiera examinar con algún mayor detenimiento esás páginas de la Historia: es el período solemne en que los Reinos caen, los pueblos lloran, la crueldad domina, las almas miran al cielo, los corazones oprimidos imploran á la Virgen María para que los proteja y liberte; y la Providencia de Dios, y la caridad de Cristo, y la intercesión piadosísima de la Santa Madre del Verbo se han dignado escuchar el angustioso clamor de los cautivos y los infortunados. Subiendo por las pendientes de la desgracia habremos de llegar pronto á las hermosas cimas de la devoción del Rosario, desde las cuales divisaremos la grandiosa escena que tiene lugar en las aguas del Mar Jónico.

Hacia más de dos siglos que el Imperio de Oriente, teñido con frecuencia en la sangre de sus propios Césares, consumido en disputas y sutilezas teológicas, anegado en las corrientes de la impureza y desgarrado por todos los vicios, venía perdiendo sus ciudades y sus provincias, como ramas secas de un árbol cuyo tronco está enfermo. Enfrente de aquel poder tiránico y caduco levantóse en la Bitinia Otmán, que combatía á Grecia y saqueaba á Chío, legando en Brusa su nombre y su influencia á una nueva serie de conquistadores fanáticos. Su hijo Orkan cruza desde

la Lidia hasta el Helesponto, y pasa aquel Estrecho para apoderarse de la Macedonia y la Tracia, como más de seis siglos antes había pasado el Arabe el Estrecho que separa al Africa del Mediodía de Europa. Amurates trató ya como vasallos á los Paleólogos: el jactancioso Bayaceto, vencido por Tamerlán, morirá cautivo y desesperado; pero sus hijos y sus descendientes logran acrecentar su poderío, hasta que Mahomet II, tan sensual como cruel, servido por los odios irreconciliables entre griegos y latinos, y ayudado por la fatal indiferencia de los Príncipes católicos, logró hacer suya aquella hermosa colina en la que tanto se deleitaba el ánimo de Constantino el Grande, y llegó á pronunciar en el gran Templo de Constantinopla, convertido en mezquita, el juramento más soberbio é impío que pudo salir de boca de los hombres.

Algunos corazones heroicos intentaron oponer un dique á aquel furioso torrente que invadía y devastaba los pueblos. Scanderberg, el soldado de Cristo, fué el terror y el asombro del Turco, y sus hazañas llegaron á ser cantadas por los poetas. Juan Huniade y el hijo de la Religión Seráfica, Juan de Capistrano, dieron páginas de consolación á la Iglesia y á las comarcas húngaras y alemanas, obligando á Mahomet á levantar el sitio de Belgrado. Los Caballeros de Rodas, Esteban Batori y Nicolás Canale, se inmortalizaron por su heroísmo; pero la Providencia permitió to-